

celebró la misa en idioma polaco, y otro sacerdote, Jacobo Sylvius, rector de Krzemien, fué el primero que, en 1547, abolió la misa. El profesor de hebreo de la universidad de Cracovia, apoyándose en la interpretación de los salmos, condenó las oraciones á los santos, y podían citarse otros muchos ejemplos análogos. Si estas personas eran reducidas á prision, pronto les devolvían violentamente la libertad sus correligionarios de la aristocracia ó abjuraban de sus errores y al ser excarcelados seguían haciendo su propaganda reformista en la corte de algun noble polaco, pues la Reforma se arraigaba cada vez mas en la aristocracia de Polonia, que quería asegurar sus privilegios contra los ataques de la Iglesia y del gobierno. Entre los reformadores figuraban muchos ilustres personajes, tales como Bonar, el castellano de Biecz; Justo Decius, secretario particular del rey; Nicolás Olesnicki, Martin Zborowski, Estanislao Cikowski; el primer poeta polaco Nicolás Rey; las poderosas familias de los Szafraniec, Stadnicki y otras. En Lituania las cosas parecían querer tomar igual sesgo. Abraham Kulwa, lituano de nacimiento, fundó en Wilna una escuela, frecuentada principalmente por los hijos de los comerciantes é industriales alemanes, que muy pronto tomó un carácter marcadamente protestante. El clero lituano no supo vencerle, y las peligrosas doctrinas por él sustentadas sobre las prácticas eclesiásticas, los ayunos, la Eucaristía, los días de fiesta, los santos, etc., se abrieron paso desde la escuela entre la clase media. Parecía inminente una apostasía en masa y esto era doblemente peligroso en Lituania, donde bastante tenía que hacer el catolicismo para conservarse al nivel de la iglesia griega. En tan apurado trance, el clero lituano pidió auxilio al monarca, el cual en 1541 había hecho ya extensivos á Lituania los edictos polacos. El rey publicó entonces un edicto especial para Lituania (19 de mayo de 1542), que, dirigido al obispo Pablo de Wilna, le daba plenos poderes para hacer comparecer ante sí á Abraham Kulwa y á sus partidarios y castigarles según las disposiciones del derecho canónico. Si Abraham no se presentaba, debía ser llevado ante los tribunales ordinarios, y si tampoco comparecía ante éstos, debía ser condenado á destierro y confiscación de bienes.

Kulwa evitó el castigo huyendo á Prusia, que dispensaba benévola acogida á los que por cuestiones de religion eran expulsados de Polonia; pero las doctrinas protestantes se extendieron tanto mas en Lituania, cuanto que Segismundo Augusto, gran duque de aquel país desde 1544, fué uno de sus decididos defensores. Ya en 1539, Calvino había dedicado á este jóven príncipe, que entonces contaba diez y nueve años, su interpretación de la Epístola á los hebreos, y en 1540 el nuncio pontificio creyó necesario hablar, en una audiencia privada, á la reina Bona de la poca confianza que inspi-

raba su hijo Segismundo Augusto en cuestiones de fe (1). Desde 1544, el gran duque no obedeció á freno alguno: en Wilna corrían de mano en mano los escritos de Lutero, Melanchton, Calvino y otros reformadores que contenía su biblioteca y poseían sus predicadores de corte, Cazinczik y Lorenzo Wawrzinec, que predicaban al pueblo públicamente desde el púlpito las nuevas doctrinas; y cuando el clero católico quería intervenir para evitarlo, encontraban protección en el gran duque, de suerte que, de la misma manera que en Wilna, comenzó la Reforma á ganar terreno en el resto de Lituania. ¡Qué esperanzas no podía alentar el partido de los reformadores eclesiásticos, cuando este príncipe, al morir su padre, reuniera en sus manos el gobierno de Polonia y de Lituania!

Tal era la situación de la Iglesia en 1548. Si consideramos el resultado en conjunto, veremos que la nobleza polaca y la clase media (en su mayoría alemana) de las ciudades se adhirieron tanto mas á las nuevas doctrinas, cuanto que todo el mundo reconocía como exactos los males que en las doctrinas y en el régimen de la Iglesia combatían Lutero y Calvino. La plebe permanecía alejada del movimiento y el futuro heredero del trono lo favorecía, pero el partido reformista no tenía entonces todavía una organización eclesiástica, pues no se había reunido en comunidades ni había en Polonia una organización eclesiástica protestante (luterana ó calvinista). Cuando el anciano rey Segismundo cerró los ojos, su pueblo se encontró enfrente de una gran crisis, y su sucesor, aunque con pocas condiciones para ello, se hizo cargo de la herencia que encerraba en su seno el porvenir de Polonia. Segismundo Augusto, rodeado constantemente de una nobleza celosa de su preponderancia; influido por los círculos de los altos magnates, que procuraban inclinarle ora á éstas ora á aquellas tendencias; de naturaleza apasionada y sensual, fué durante su vida el juguete de sucesos y personas de cuya influencia, por falta de fuerzas, no pudo librarse.

No puede estudiarse su reinado sin conocer exactamente el curso de los sucesos de Rusia y de Livonia, que durante mucho tiempo influyeron extraordinariamente en la historia del Este y del Norte de Europa. A este punto vamos, pues, á dirigir nuestras miradas.

(1) Theiner, tomo II, págs. 532-533: *Secundariamente tocá la sinistra informazione data a N. S. ch'el ci fusse alcuni, quai se sforzassero infectare al Sermo. filio suo de la heresi Lutterana; la quale cosa perho Sua Santità non posse persuaderse, considerando ch'el era stato educato da Sua Maestà, et final presente giorno perseverava sotto la tutela sua, ne io per quanto havea possuto comprendere, trovava che Sua Santità se fusse de la concepta speranza inganata...* Respecto de la contestación de la reina, dice Rorarius: *Circa il fittolo disse N. S. esser stato mal informato, che lei lo havea educato, oltra che la natura lo inclinava a la bontà et religione del padre, et que in conto alcuno non ne parlasse a Sua Maestà ch'el saria un mettere molestia et affanno a quel bon vecchio senza causa.*

HISTORIA DE LIVONIA

HASTA LA MUERTE

DE WALTER DE PLETTENBERG

CAPITULO PRIMERO

TIEMPOS PREHISTÓRICOS Y COMIENZOS

Del Sacro Romano Imperio de la nación alemana no salió mas que una colonia ultramarina: á fines del siglo XII y en el primer cuarto del siglo XIII nació en las playas orientales del Báltico, sin que su existencia fuera debida á la menor iniciativa de parte del jefe del imperio ni de los distintos miembros de éste, un Estado que desarrollándose poco á poco acabó por extenderse desde el Memel hasta Narbona y que era conocido con el nombre genérico de «Livonia.»

Livonia debió su existencia política á la fuerza creadora de la nación alemana, y su historia siguió un curso especial y propio, siendo una historia colonial, no provincial, lo cual explica por qué se le puede dedicar una sección aparte dentro de una historia universal. La fatalidad ha hecho que no pueda llegar á ser una historia provincial. Como la Livonia continuó siendo colonia y no se encontraba en condiciones de hallar segura comunicación por tierra con el imperio germánico, y no ofreciendo puerta alguna de entrada al labrador alemán, que nunca se aventuró por los mares, tuvo que renunciar, despues de largas y dolorosas luchas, á toda conexión con el imperio, y la que había sido colonia alemana pasó á ser provincia de extranjeros Estados.

Es, pues, la Livonia un cuadro que nos demuestra lo que podían la clase media y la nobleza alemanas faltas de la base de una clase de aldeanos procedentes del mismo origen; y su historia ofrece sorprendentes semejanzas con la de las colonias griegas fundadas en territorio bárbaro, en las costas del Asia Menor ó en las playas de Sicilia, siendo las diferencias que entre ellas existen mas bien contrastes debidos al espíritu nacional y al tiempo que á la esencia de las relaciones.

La apertura del Báltico constituye un hecho importantísimo en la historia del desenvolvimiento general de Europa, pues en el avance progresivo de la civilización desde el Mediterráneo á los mares europeos occidentales y desde el mar del Norte al mar Báltico, viene á ser el eslabon que cierra la cadena que facilitó el cambio de los productos del trabajo, así material como intelectual, entre el Este y el Oeste, entre el Norte y el Sur. La misión debía ser realizada; su parte providencial estaba en quién la llevaría á cabo, y en este punto ofrecíanse varias soluciones. O la primitiva población del país entraba por su propia iniciativa y en su propio provecho en el número de los Estados civilizados, asegurándose de esta suerte un porvenir que hoy, — cuando

éste se ha convertido en pasado de otra índole, — no puede ya resucitar, ó Rusia, como vecino mas inmediato, se encargaba de dar cima á esta tarea para luego, 500 años demasiado pronto, entrar á formar parte del consejo de pueblos europeos, como miembro dueño ya de sus acciones; ó bien los germanos escandinavos ponían manos á la obra para añadir un nuevo laurel á la admirable corona de su antigua historia, tan importante para la humanidad; ó, finalmente, se encargaban los alemanes á todo evento de misión tan espinosa.

Las dificultades que á cada uno se ofrecían para hacerse cargo de esta misión y llevarla á cabo, no eran ciertamente idénticas; pero el hecho es que Alemania tuvo energía, fuerza y perseverancia bastantes para darle forma y que luego la colonia tuvo que defenderse contra los pretendientes que habían llegado demasiado tarde.

Las orillas del Báltico tardaron mucho en ser conocidas por el Occidente: las noticias de Pytheas y de Tácito, y las muy posteriores de Jordanis y de Casiodoro no disipan las tinieblas en que estaban envueltas: las mismas narraciones de Wulfstan no llegan hasta ellas. Las gentes del Este, de que nos hablan estas antiquísimas relaciones, no pueden ser clasificadas con seguridad completa ni etnográfica ni geográficamente.

Desde los primeros siglos de nuestra era, los países comprendidos entre el lago Onega y Finlandia por un lado y el Ingermanland y Samland (atravesando la Estonia, la Livonia y la Curlandia) por otro, estuvieron probablemente habitados por un pueblo de nacionalidad quizás húngara (1) que aficionado á la caza y á la pesca, fué dominado primeramente por los godos, cuya influencia puede reconocerse con seguridad en el idioma de estas poblaciones. Allá por el siglo sexto parece demostrada la existencia en este país de las tribus de los estonios, de los livonios y de los curios, sobre los cuales ejercieron una influencia difícil de determinar con exactitud los emigrantes escandinavos que entre ellos vivieron durante mas ó menos tiempo y que quizás llegaron á dominarlos temporalmente. Despues, parece que procedentes del Sur penetraron en este territorio las poblaciones de origen lituano que posteriormente encontramos en las comarcas meridionales y orientales de la actual Curlandia y en la parte Sudeste de Livonia. Pero aquellos tiempos, cuyo recuerdo perpetúan aun actualmente las colinas funerarias, los buques de piedra y los «esquifes del diablo,» son, á pesar de

(1) Véase Grewingk: *La ornamentación de las cavernas, etc.*, 1880; *Memoria sobre Aspetus, Antiquités du Nord*, en las Memorias de la *Gel. estn. Ges.*, 1885. El descubrimiento de cavernas germánicas hecho por Montelius nos ofrece un nuevo enigma.

todo, para nosotros un libro cuyas páginas no han sido todavía descifradas. Pocas fechas hay tan seguras como la pasajera dominación de los curios por los suecos en 870 y el establecimiento, medio siglo después, de emigrantes escandinavos en las costas curias y prusianas. Las narraciones que los vikingos aportaron a sus hogares patrios cuando regresaron de sus aventureras expediciones de rapiña produjeron el efecto de verdaderos cuentos. Las leyendas ó *sagas* del Norte nos han conservado algún rasgo característico, pero no nos ofrecen un cuadro palpable que permita fijar con certeza la conexión de las relaciones recíprocas.

En el siglo XI encontramos una tradición, no del todo rechazable, que habla de varias tentativas hechas por los daneses para introducir el cristianismo en estas comarcas; pero tales tentativas tuvieron tan poco éxito, como el contacto accidental con la población rusa que había sentado sus reales en la frontera oriental del país.

No hay ni puede haber una historia de estas primeras relaciones de Rusia ó por mejor decir de sus príncipes con la antigua Livonia. Todo cuanto por la tradición sabemos lleva impreso el sello de un diseño fragmentario y casual y carece por completo de cohesión: solo puede considerarse como seguro que desde la fundación del imperio ruso por Rurik, un peligro amenazó por la parte del Este a las poblaciones finesas y lituano-letonas. En efecto, desde que Rogwolod se estableció en Polozk, su independencia se vio seriamente amenazada. Motivos tenemos para creer que una parte de los letones y de los livonios tuvo que pagarle tributos, pero la caída de Rogwolod trajo como consecuencia la desaparición de este estado de cosas. Mucho después, seguramente en 1030, los rusos intentaron por vez primera sentar con carácter definitivo sus reales en el territorio de los estonios: en aquel año, dice la crónica rusa, el gran duque Yaroslao I marchó contra los chudos, los venció y fundó la ciudad de Yuryewo; sobre si en ésta quedó una guarnición rusa, existe la misma duda que respecto de si dicha ciudad estaba situada en el mismo paraje que hoy ocupa Dorpat. En ella tenía Rusia un punto de partida para ulteriores empresas hacia el Oeste y a fines del reinado de Yaroslao, según un dato, notoriamente exagerado, rendíanle tributo los estonios, los livonios, los letones, los lituanos, los semigalos, los curios y los samaitas. Mas apenas murió Yaroslao los estonios procuraron recuperar por completo su antigua independencia. Ysiaslao obligó a los szolys (nombre que quizás designa a la tribu estonia de los saccalanos) a que nuevamente le pagaran tributo, pero éstos se vengaron destruyendo a Yuryewo y aun intentaron apoderarse de Pskoff. Esto sucedía en 1061. Por espacio de una generación las poblaciones del Báltico dejaron, al parecer, de ser molestadas por sus vecinos eslavos, y cuando en 1107 los príncipes del Sur y del Oeste de Rusia atacaron de nuevo a los semigalos, sufrieron una sangrienta derrota: 9,000 guerreros rusos quedaron tendidos en el campo de batalla, pudiendo con razón deducirse de este hecho que el valor de los semigalos hizo fracasar una empresa proyectada en grandes proporciones y quizás la definitiva conquista del país. La circunstancia misma de no haber sido esta importantísima victoria de trascendentales consecuencias para los vencedores y sobre todo el hecho de no haber resultado de ella la soberanía de los semigalos sobre sus vecinos, demuestran la poca madurez política de estas poblaciones. Durante el reinado de Wladimiro Monomaco se nos presenta otra vez la Rusia operando un movimiento de avance. La importante fortaleza fronteriza de Odenpah cayó en 1.º de noviembre de 1116 en poder de Mstislao, hijo de Monomaco, y en 1130 pudo repetir la crónica rusa que se impuso un tributo a los estonios; pero cuando dos años des-

pues Wsewolod, hijo de Mstislao, invadió el país de los estonios, fué completamente derrotado en el territorio de Woiga. «Aconteció un gran desastre — dice la crónica rusa, — muchos hombres buenos de Nowgorod sucumbieron.»

Aun cuando dos años más tarde Wsewolod entró de nuevo en posesión de Embachburg, esta conquista no fué duradera. Una generación después vemos a todas las tribus de los estonios unirse y marchar contra Pleskau, pero indudablemente no con el intento de apoderarse de esta fuerte ciudad: su expedición fué más bien para conseguir botín y vengarse del enemigo del Este, que tenía constantemente amenazada su independencia. La crónica de Nowgorod cita a tres rusos ilustres que perecieron en la lucha, y dice: «Además los estonios mataron a otros muchos.» Es indudable que las fuerzas militares rusas sufrieron nuevamente una gran derrota, pero los estonios no supieron en 1177 aprovecharse de su victoria como tampoco habían sabido hacerlo en 1107 los semigalos: pudieron sí causar daños, pero no llegar a ser realmente peligrosos, pues para esto no habían alcanzado aun, como veremos, el suficiente desarrollo.

Por estas noticias, que nos ofrecen, en lo esencial, todo cuanto sabemos acerca de aquellos tres siglos de mutuas relaciones entre Rusia y los países del Báltico, venimos en conocimiento de que no debió de existir por parte de los príncipes rusos un plan meditado de avance hacia el mar: el único objetivo de todas las empresas guerreras era sin duda percibir tributos. Únicamente la tentativa de Yaroslao para crear en Yuryewo un fuerte ruso obedeció a un pensamiento político trascendental que, sin embargo, no pudo echar hondas raíces, pues nunca supieron los rusos conservar la importante Odenpah, que se alzaba muy inmediata a la frontera. Aparte de las invasiones realizadas por los príncipes de Polozk Duna abajo, que más detalladamente han de ser descritas en otra obra, y que solo por una interpretación muy forzada pueden ser calificadas de colonización, ninguna otra tentativa de colonización se hizo, no habiendo intentado la iglesia griega enviar sus misiones a estos territorios, única manera, sin embargo, de conquistarlos.

Alemania tomó a su cargo la misión que Rusia no pudo realizar.

Los comienzos de la historia de la Livonia alemana están íntimamente enlazados con Lubek, ciudad fundada en 1158 por Enrique el León. Tal como éste lo había deseado, los ciudadanos y comerciantes de Lubek fijaron su atención hacia el Este, especialmente hacia el Báltico y sus territorios costaneros. Uno de los primeros privilegios que se concedió a la ciudad se refería al comercio con la Gotia, donde la ciudad alemana de Wisby, fundada por mercaderes de Lubek y alemanes, florecía allá por el año de 1163; y no es que fuera precisamente ésta la fecha en que Wisby tuviera por primera vez dentro de sus muros, junto a su población sedentaria de germanos del Norte y junto a los huéspedes rusos, a los alemanes definitivamente establecidos en ella, sino que de dicho año datan los documentos que nos dan a conocer su organización. En ella vemos un administrador instituido por el duque de Sajonia ejerciendo el poder supremo, a tenor de un derecho fijamente establecido, sobre una comunidad de comerciantes alemanes y de camaradas emprendedores que por espacio de mucho tiempo supo conservar una posición dominante en el Báltico y en la corte de Nowgorod. Los comerciantes alemanes, si no mienten todos los indicios, fueron los primeros que desde Wisby emprendieron el viaje a Livonia. Los contemporáneos no nos conservaron las fechas del año y del día en que se llevó a cabo la travesía a Livonia y solo más de cien años después de efectuada, los cronistas de Bremen, quizás fundándose en

una tradición poco verosímil, pretendieron para su ciudad la gloria de haber descubierto aquel territorio. Que Wisby fué precisamente la que dió el impulso para la fundación de la Livonia alemana, se comprende con solo recordar los comienzos del Estado ruso. Desde los tiempos de Rurik visitaban los navegantes rusos las costas de la Gotia, estableciéndose con el trato político un animado tráfico mercantil que desde Suecia y Gotia llegaba hasta la desembocadura del Neva y desde allí, por Nowgorod, hasta el Dnieper. Desde el alto Dnieper, las vías mercantiles conducían al territorio del Duna, corriente que por necesidad había de llevar hacia Smolensko y Polozk. La naturaleza misma indicaba el camino hacia Suecia, camino que no tardó mucho en ser seguido, aunque no por las embarcaciones rusas, pues a pesar del animado tráfico que entre Nowgorod y Wisby se hacía, no se sabe de ningún buque ruso que se atreviera a descender por el Duna y llegar por esta vía al Oeste. Las ciudades alemanas que estaban en relaciones con la Gotia descubrieron también el camino del Duna cuando no se contentaron con adquirir los géneros de segunda mano, y la ruta que siguieron ha sido siempre la misma, de suerte que nos es fácil seguir sus huellas. Desde el Trave, los buques navegaban junto a las islas danesas y seguían luego las costas de Schonen, Lister y Bleckingen, hasta que llegaban a las costas occidentales de Gotia y a Wisby. Después de una escala generalmente larga, doblaban la punta septentrional de Gotia y dejando atrás la isla de Féroe, casi pegada a aquella, surcaban el mar en dirección a Oesel: aquí hacían alto en un puerto conocido y terminaban su viaje en el golfo de la desembocadura del Duna. Así comenzó el comercio de los alemanes en Livonia, que a sabiendas hacían la competencia a los suecos, y así también principió la lucha por las costas del Báltico, lucha que, — prescindiendo de los eslavos bálticos, que pronto quedaron fuera de combate, — fué sostenida por espacio de muchos siglos primero por los escandinavos y los alemanes y desde el siglo XV por escandinavos, alemanes y rusos.

Pocos son los Estados cuyo origen histórico pueda seguirse, como en Livonia, hasta en sus menores detalles. Una bendita habilidad puso a un inteligente contemporáneo, Enrique de Letonia, en condiciones de inaugurar la serie de cronistas livonios: guiados por él, procuraremos penetrar en la historia de los comienzos de este país.

La noticia de los viajes a Livonia se propagó por el Norte de Alemania con relativa rapidez. Los comerciantes al llegar a su patria referían los peligros y las ganancias obtenidas en las expediciones y hablaban de los rudos habitantes del país, de su idioma, que sonaba a extranjero, y de su «sacrilego» paganismo. Esta última nueva llegó a oídos de los magnates eclesiásticos. Los canónigos agustinos de Holstein, especialmente las órdenes de los premonstratenses y de los cistercienses, que tan rápidamente prosperaban en el país de los wendos, se dedicaron con especial empeño a la tarea de las misiones, bien que muchas veces de una manera poco espiritual y protegidos por espadas tan fuertes como desconsideradas. Pero entre los muchos que estaban acostumbrados a convertir paganos por el sistema de Enrique el León, había también algunos hombres de espíritu verdaderamente cristiano que por amor a Dios iban a predicar el Evangelio despreciando la miseria y los peligros.

Era uno de éstos Meinhard, canónigo de la orden de los agustinos de Segeberg.

Ya las canas poblaban su cabeza cuando — según expresión del cronista — el espíritu del Señor se apoderó de él y le mandó emprender la marcha e ir a arrojar la simiente de la palabra divina entre los paganos de Livonia.

Los marinos que hacían la travesía de Livonia solían partir durante la primavera, a fin de tener abiertas sus tiendas de venta en la desembocadura del Duna durante el verano y regresar a su patria en el otoño. Meinhard se unió a los expedicionarios, y gracias a las relaciones comerciales que hacía muchas décadas se venían sosteniendo, halló también amistosa acogida en aquellas lejanas tierras, habiendo conseguido del príncipe Wladimiro de Polozk, que ejercía allí una especie de supremacía, autorización para establecerse definitivamente en el país y para convertir al cristianismo a los paganos livonios. El príncipe se había contentado hasta entonces con que éstos le pagaran un tributo, cuidándose muy poco de que la población permaneciera envuelta en las tinieblas del paganismo, «porque — dice Enrique de Letonia — la iglesia rusa es una madre estéril que procura dominar a los paganos no con la esperanza de resucitarlos en la fe de Jesucristo, sino con la de conquistar botín.» Meinhard construyó una iglesia en la aldea livonia de Uexkull y muy pronto tuvo la satisfacción de bautizar como primeros neófitos a dos habitantes de la misma llamados Ylo y Viezo; mas apenas se hubieron marchado los comerciantes comenzó para él el período de la lucha. Durante el invierno una turba de bandidos letones invadió el país de los livonios: Meinhard, como en tales sorpresas solía acontecer, tuvo que huir al bosque con todos los habitantes de Uexkull que habían logrado escapar de manos de los invasores; y cuando éstos se retiraron volvió a la desierta y saqueada aldea y aprovechó el abatimiento de sus livonios para hablarles de las casas de piedra de su patria y para hacer con ellos un pacto en virtud del cual prometió construirles una fortaleza de piedra. Ellos, en cambio, se obligaron a recibir las aguas del bautismo, y, en efecto, muchos cumplieron su promesa en la primavera siguiente, cuando llegaron los albañiles que Meinhard había enviado a buscar a Gotia. Los demás declararon que al terminarse el castillo cumplirían la palabra que habían dado con doble juramento. Los picapedreros comenzaron su tarea, y como Meinhard costeó la quinta parte del edificio, vino a ser en igual proporción co-propietario del mismo. Meinhard disponía al parecer de recursos no pequeños, y de ello es buena prueba el hecho de que además de los presentes que ofreció al príncipe de Polozk compró de su bolsillo el terreno en que la fortaleza debía levantarse. Esto robustece la opinión, basada ya en otros indicios, de que Meinhard era de noble estirpe. Mas sea de esto lo que fuere, parecía que todos los sacrificios hechos para construir el fuerte de Uexkull debían resultar inútiles, pues apenas terminado el edificio los recién bautizados volvieron a sus antiguos dioses y los demás no pensaron absolutamente en cumplir sus promesas. Esto no obstante, el año 1185, en que sobre el territorio livonio se levantó el primer edificio de piedra, merece que lo grabemos bien en nuestra memoria, pues aunque al principio no lo parecía, es lo cierto que con esta construcción se echaron los cimientos de la dominación alemana en el país. La actividad de Meinhard comenzó entonces a llamar la atención. El arzobispo de Bremen, Hartwich II, procuró, aunque en vano, conseguir que el Papa confirmara «los derechos de soberanía de su sede sobre la Iglesia del Norte, que habían llegado a ser cosa punto menos que fabulosa» desde los tiempos de aquel Adalberto que había hecho de la fundación de un patriarcado en el Norte el objeto de toda su existencia. A pesar de la resolución negatoria que tuvieron sus pretensiones, consagró a Meinhard obispo de Ykeskola (1186), además de lo cual envió a su fortaleza muchos alemanes, algunos de ellos armados. Esto fué una suerte a la par que una desgracia para él, pues así como el anciano sacerdote había sido considerado hasta entonces como harto insignificante para